

UN MÓVIL

Cuando Marta salió aquella mañana de su casa llovía. –¡Vaya! –pensó. Lo que faltaba: odiaba la lluvia, odiaba esa calle, odiaba esa ciudad y odiaba su vida. ¿A quién se le ocurre mudarse? ¿Qué culpa tenía ella de la crisis y de que su padre hubiera tenido que cerrar su librería de Salamanca? ¿Y por qué había tenido que encontrar un trabajo precisamente en Madrid? ¡Y a la mitad de curso! ¿Y a ella quién le había preguntado? Su madre le repetía constantemente que ella era la mayor de los tres hermanos, que tenía que ayudar y entenderlo. Y ella lo intentaba de verdad, pero cuando aquella mañana entró en el nuevo instituto, se le hizo un nudo en la garganta.

Entró en su aula y se sentó al fondo. Una chica rarísima con el pelo rosa y piercings por todos los lados se le echó encima y le dijo muy nerviosa:

–Guárdame esto, guárdame esto. Y rápidamente metió un teléfono móvil en la mochila de Marta. Antes de que pudiera responder nada, la profesora de inglés entró y cerró la puerta. La del pelo rosa se sentó a su lado.

Luego se abrió la puerta y entró la tutora. Marta la conocía ya, había tenido una entrevista con ella y sus padres.

–Perdona, Susana, ¿puedo interrumpirte un momento? Tamara, sal por favor, tengo que hablar contigo.

Marta pensó que de aquella chica no podía venir nada bueno. Y miró su mochila con miedo.

En el pasillo, la tutora intentaba hablar con Tamara sin mucho éxito.

–Enséñame tu móvil. Quiero ver los mensajes.

–No me lo he traído. Lo he olvidado en casa.

–Vamos a verlo. Trae la mochila.

Ella registró la mochila de Tamara. Había todo tipo de cosas raras, pero ningún móvil.

–Vale, vuelve a clase. Pero esta vez es serio, Tamara. Si Mateo se pone en contacto contigo, tienes que decirlo. La policía va a llamarte. No puedes mentir esta vez.

Tamara entró en clase y se sentó de nuevo. Parecía preocupada. Marta le preguntó inmediatamente en voz baja: –¿Me puedes explicar qué pasa?

Pero ella le hizo el gesto de que se callase.